

Lecturas y censuras en la Argentina: enfoques historiográficos renovadores de la Historia del Libro

Prof. María Eugenia Costa¹, Lic. Florencia Bossie², Prof. Gabriela E. Purvis²

¹Profesora Adjunta. ²Adscripta a la cátedra de Historia del Libro y de las Bibliotecas. Departamento de Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

48 e/6 y 7, 1900 La Plata, Argentina. E-mail: costa_eugenia@yahoo.com.ar

Resumen. La historia del libro tradicional abordó el origen y desarrollo de este bien cultural (ya sea en la fase manuscrita o impresa) centrándose en los distintos soportes materiales y en las cambiantes formas librarias. Asimismo analizó el contenido de los textos, atendiendo fundamentalmente a los valores literarios, científicos y/o estéticos subyacentes. En líneas generales, fue dejado de lado el “mundo” de los libros en vinculación con las comunidades de lectores/oidores y en relación con las prácticas y representaciones de la/s lectura/s. También se relegó a un segundo plano el “mundo” de los impresores, editores y libreros, sujetos a diversos tipos de controles sociales y represiones institucionales, que incluyeron mecanismos de censura y destrucciones de materiales bibliográficos. Sin embargo, es de destacar que en las últimas décadas se produjo una renovación en los estudios culturales y en la historia de la lectura y de la censura, tanto en ámbitos internacionales como nacionales. En el presente trabajo se expone y problematiza el marco teórico que sustenta la propuesta programática de la materia *Historia del Libro y de las Bibliotecas*, la cual considera los mencionados enfoques historiográficos renovadores. Además, se presentan los estados de la cuestión y avances de investigación realizados en el marco de dos adscripciones de cátedra, centradas en historia de la lectura y de la censura en Argentina. Se propone con ello propiciar una reflexión crítica sobre la formación investigativa en el área de bibliotecología y ponderar los aportes de otras disciplinas en la revalorización del fundamento humanístico de la profesión.

A manera de introducción

La concepción acerca de la historia del libro que podemos calificar de tradicionalista (aún vigente en diferentes ámbitos de enseñanza), aborda el origen y la evolución del objeto-libro en tanto bien cultural de tipo material¹. Este enfoque se centra

¹ Un texto ya clásico de los años '70 como la *Historia del libro* de Svend Dahl atiende a su triple condición, no sólo de objeto material o soporte textual sino vehículo para la transmisión cultural y medio de expresión artística. Pero el libro moderno, además de ser es también un producto industrial.

fundamentalmente en la descripción de los distintos soportes de la/s escritura/s y en las cambiantes formas librarias (tablillas, rollos, códices, etc.)². A pesar de que no se puede considerar este proceso como .lineal o secuencial, presenta las variaciones de los formatos y las rupturas que jalonan las diferentes trayectorias históricas de la producción manuscrita (amanuense-copista) a la imprenta (impresor-editor), sin reflexionar sobre las actuales transformaciones centradas en lo electrónico-visual. Es de destacar asimismo, que no suele considerar la incidencia de la materialidad de los textos en la producción de efectos o sentidos³. Por otra parte, si bien analiza la autoría como principio fundamental de la designación de las obras e indaga el contenido temático de los manuscritos e impresos, hace hincapié fundamentalmente en los valores literarios, científicos y/o estéticos subyacentes. Desde esta perspectiva, se jerarquizan ciertos géneros en desmedro de otras producciones escritas, consideradas por nosotras no menos significativas⁴. Esta historia del libro, muchas veces vinculada también al conocimiento de las bibliotecas de los “grandes personajes” o de las principales instituciones laicas o eclesiásticas⁵ no tiene en cuenta las relaciones de uso y las apropiaciones diferenciales de los textos por parte de los sujetos colectivos, insertos en determinados contextos socio-culturales. En líneas generales podemos sostener que se desconoce la conformación de diversas comunidades de lectores u oidores en relación a las prácticas lectoras (desplegadas en diferentes ámbitos cotidianos tanto privados como públicos) y a las representaciones de la/s lectura/s en el plano de los imaginarios sociales.

Por otra parte, a pesar de que existen algunos estudios pioneros⁶, también podemos afirmar que se relega a un segundo plano la historia de la producción, la distribución y la comercialización de libros. Este aspecto constituye, siguiendo los planteos de Roger Chartier, un proceso fundamental en el que se entrecruzan la historia de la edición y la

² Los dispositivos de la escritura (utensilios, artefactos, maquinarias y accesorios) también han variado a través del tiempo. En la actualidad las redes hipertextuales y multimediales modifican dichos soportes y aportan nuevos formatos.

³ Al estudiar los libros como objetos físicos, ciertos bibliógrafos han demostrado que la disposición tipográfica de los textos pueden determinar en buena medida sus significados y las formas en que eran leídos.

⁴ Así podemos reconstruir una aproximación más completa de la ‘cultura escrita’, considerando tanto para las obras canónicas como para los textos más humildes. Por ejemplo periódicos, folletos, cartillas, cuadernillos, afiches, estampas y todo tipo de materiales capaces de llegar a sectores más amplios de la población, a través de múltiples formas.

⁵ Generalmente pertenecientes a corporaciones religiosas, organismos estatales o algunas asociaciones privadas.

⁶ Como *La aparición del libro* de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin a fines de la década de 1950.

historia de la tecnología; la sociología de la librería y la sociología de la lectura, el estudio material de los libros y el estudio cultural de los textos (Chartier,1993: 29).

Asimismo muchas investigaciones sobre la historia del libro eludieron las relaciones con los poderes, los controles sociales, las prohibiciones y las represiones institucionales a las que estuvieron sujetos -en mayor o menor medida- los impresores, los editores y los libreros en el pasado. Por consiguiente, es de destacar que los enfoques más tradicionales no consideraron las producciones literarias no autorizadas por los gobiernos de turno o los mecanismos represivos que incluyeron destrucciones masivas de materiales bibliográficos, ya sea por motivos religiosos o político-ideológicos.

No obstante, en las últimas décadas se produjo una renovación en los estudios culturales y en la historia de la lectura y de la censura, tanto en ámbitos internacionales como nacionales⁷. Estas nuevas perspectivas historiográficas han generado un cambio “desde una visión estática a una visión dinámica de la historia cultural, dentro de la cual no existe ya la historia de la escritura, sino una historia del escribir, mejor aún de los actos de escritura: no existe ya una historia de la imprenta –o del libro impreso-, sino una historia de la producción y difusión de los testimonios impresos de cualquier naturaleza; no existe ya una historia de la lectura, sino una historia de los modos y prácticas de leer” (Viñao Frago, 1996: 56-57). A lo que añadiríamos no sólo una historia de la censura sino también de las diversas formas de biblioclastías, las que conceptualizaremos más adelante.

En función de todo lo antedicho, en el presente trabajo exponemos y problematizamos el marco teórico que sustenta la propuesta programática de la materia Historia del Libro y de las Bibliotecas, la cual considera los mencionados enfoques historiográficos renovadores.

Además, presentamos los estados de la cuestión y los avances de investigación realizados en el marco de dos adscripciones de cátedra, centradas en diferentes aspectos de la historia de la lectura y de la censura en Argentina. Propiciamos con ello una reflexión crítica sobre la formación investigativa en Bibliotecología, entendida como un

⁷ En historia de la lectura: Armando Petrucci, Robert Darnton, Roger Chartier, Guglielmo Cavallo, Peter Burke, Carlo Ginzburg, Antonio Castillo Gómez, Fernando Bouzá Alvarez, Alejandro Parada, Alberto Manguel, Daisy Ripodaz Ardanaz, Graciela Batticuore. En historia de la censura: Mario Infelise, Fernando Baez, Hernán Invernizzi y Judith Gociol entre otros.

área de convergencia interdisciplinaria. En este sentido, ponderamos los aportes de la historia cultural en la revalorización del fundamento humanístico de la profesión.

La historia de la/s lectura/s' y de los lectores

La historia de la lectura es un campo de conocimiento muy reciente, que se halla aún en construcción como área disciplinar específica. Esta tuvo sus orígenes en las décadas de 1970-80 y estuvo asociada a la historiografía francesa, más precisamente a la escuela de *Annales*. La denominada 'nueva historia' se caracterizó en este período por la fragmentación y la innovación en sus objetos de estudio, la adopción de una variedad de perspectivas teóricas y la renovación metodológica⁸.

En un principio, algunos historiadores consideraron a los lectores como meros poseedores de libros y abordaron la problemática de la lectura desde un enfoque meramente cuantitativo, al precisar el número de obras que conformaban las bibliotecas públicas o privadas, el volumen de los libros que se producían y se comercializaban, el tiraje de las publicaciones periódicas publicadas o los títulos que tenían a su disposición determinados sectores de la sociedad⁹.

Roger Chartier y Robert Darnton, pero sobre todo el primero, fueron los impulsores de una nueva historia del libro, a través de toda una serie de estudios sobre la cultura impresa en Francia entre los siglos XI y XVIII. Estos autores plantearon un camino alternativo al de los mencionados estudios cuantitativos: comenzaron a escribir la historia de los impresos y los mecanismos de circulación entre los distintos grupos sociales, como así también la historia de los lectores¹⁰ y las modalidades de apropiación y resignificación de los textos. En este sentido Chartier, a través de conceptos como 'materialidad textual' y 'comunidad de lectores', llamó la atención sobre los usos y las prácticas de lectura (un libro leído no significaba ni implicaba necesariamente un libro poseído y a la inversa).

⁸ Abordó temáticas poco exploradas y se centró en actores sociales que no eran habitualmente considerados por la historiografía. Así encontramos junto con la historia de la lectura una historia de la vida privada, historia de las mentalidades, historia de las mujeres, entre otras variantes de la historia cultural.

⁹ A través de la clasificación de inventarios póstumos o del análisis de colecciones, entre otras fuentes primarias, la historia cuantitativa o serial construyó indicadores para revelar las diferencias culturales, en un lugar y un tiempo determinados. Sin embargo, esta corriente subsumió la historia de la lectura a la historia de la producción editorial.

¹⁰ Es de destacar que las «huellas», las «marcas» o los «vestigios» de los lectores son muy fugaces y endeble.

Desde esta perspectiva, que centra su interés en el acto de leer, resulta fundamental el encuentro entre el *mundo de los textos* (incluidas las diversas formas o estructuras materiales que producen sentidos)¹¹ y el *mundo de los lectores* (constituido por distintas ‘comunidades de interpretación’). Cada uno pertenece a una *red de lectores*¹², que se define en relación a ciertas capacidades de lectura, a determinados códigos, normas o reglas que inciden en los modos de leer. De esta manera, la historia de la lectura procura reconstruir las condiciones compartidas (en un tiempo y en un lugar dados) que posibilitan a los sujetos lectores u oidores construir significados culturales. Debe tomarse en cuenta no sólo la corporeidad física del lector (leer es una acción que involucra al cuerpo), sino también la corporeidad social y cultural. “La lectura no es sólo una operación abstracta de intelección: es puesta en juego de cuerpo, inscripción en un espacio, relación consigo mismo y con los otros” (Chartier, 1994, p. 29) Es pues en ese espacio concreto interrelacional donde debe ubicarse para su legibilidad al “cuerpo lector”.

Este eje puesto en los lectores lleva a reconsiderar o, al menos, enriquecer desde el campo bibliotecológico, el concepto de ‘usuario de la información’, El concepto usuario de la información acaba por hacer que el lector se convierta en una abstracción. La lectura se reduce o se simplifica a un proceso de obtención de la información contenida en los materiales bibliográficos. “Así la lectura, para el bibliotecario, en cuanto objeto de conocimiento, queda cercada dentro de la ecuación: información-usuario-libro” (Alfaro Lopez; 2007: 17).

En cuanto al abordaje del *mundo de los impresores, editores y libreros* es de destacar, más allá de la historia de la edición, los aportes la bibliografía material. Don Mckenzie, acuñó el concepto de “sociología de los textos” y extendió la categoría de lo textual más allá del formato libro convencional. Puso el acento en los dispositivos propios de la materialidad de cada obra¹³; consideró de qué manera una sociedad determinada produce, transmite, recepciona y usa los distintos textos, ya sean canónicos u ordinarios.

¹¹ Desde las tablillas de arcilla, los rollos de papiro, los códices de pergamino, los libros de papel hasta los textos electrónicos en las pantallas de la computadora. En el marco de la adscripción se abordaron los cambios en las prácticas lectoras en el contexto de las actuales transformaciones centradas en lo electrónico-visual retomando algunos conceptos aportados por Chartier (Purvis: 2009)

¹² El bibliotecólogo y teórico de la historia del libro suele utilizar esta noción como similar a la de “comunidad de lectores” de Chartier.

¹³ A saber: el formato, la construcción de la página, la división del texto, la presencia o no de imágenes, la tipografía, la puntuación, etc.

Articuló así las formas materiales y simbólicas, las relaciones institucionales y humanas. Para McKenzie, la producción de sentidos no es sólo producto del lenguaje, sino una construcción hecha por diversos actores (autores, impresores, tipógrafos, editores, libreros y lectores)¹⁴ en diferentes contextos histórico-sociales.

En Argentina, los estudios tradicionales se centraron en la historia de la imprenta y del libro¹⁵. Las investigaciones se desarrollaron lenta pero progresivamente desde distintos enfoques. Los trabajos de Alejandro Parada constituyeron aportes significativos, no sólo acerca de la historia de la lectura a comienzos del siglo XIX y del XX, sino también de la historia de las bibliotecas y de la producción/circulación de los libros y periódicos en dicho período. Sus obras complementan otros estudios sobre la conformación de públicos, emprendidos en el ámbito de la literatura o la crítica literaria¹⁶. Otros estudios históricos, como por ejemplo, el de Rubén Cucuzza sobre las imágenes escolares y las respectivas “escenas de lectura”¹⁷ o el de Graciela Batticuore sobre el papel de las mujeres como lectoras y autoras (dentro del movimiento romántico), dan cuenta de esta vocación interdisciplinaria’ de la historia de la lectura¹⁸.

Las diversas formas que puede asumir ‘lo escrito’, los modos de leer han cambiado según el tiempo, los lugares y los ámbitos; también se han transformado los gestos, las costumbres y los espacios para la lectura. Este mundo, el de los usos y las prácticas de lo escrito, es el que tratamos de hacer explícito a los alumnos, para que se apropien de estas cuestiones y puedan sopesar el valor del objeto libro como objeto cultural en su trabajo cotidiano en la biblioteca, pero también ver al lector y sus prácticas detrás del “usuario”.

La historia de la censura y la ‘biblioclastía’

¹⁴ Será este punto de convergencia con Roger Chartier que permitirá analizar cómo la “materialidad textual” condiciona las formas de leer

¹⁵ Guillermo Furlong Cardiff, Domingo Buonocore, María Angeles Sabor Riera, Matilde Tagle de Cuenca, entre otros autores. Daisy Ripodas Ardanaz fue una de las primeras en introducir otras visiones sobre el libro y los lectores coloniales.

¹⁶ Como por ejemplo *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina* (1985) de Beatriz Sarlo *La formación del discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988) de Adolfo Prieto o *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina de Susana Zanetti* (2002).

¹⁷ La escena de lectura supone seis componentes: 1-Actores (quiénes participan, qué relaciones tienen entre sí y qué posturas corporales adoptan), 2-Finalidades (con qué fines se lee), 3-Espacios (cuál es el marco espacial o escenario), 4-Tiempos (en qué momentos y con qué frecuencia se da la escena), 5-Modos de lectura (lectura silenciosa o en voz alta) y 6-Soportes materiales o tecnologías de la palabra (objetos portadores de la palabra, tipos de soporte, formatos, etc.).

¹⁸ Lectura y educación, lectura y género, lectura y arte, lectura e historia oral, entre otros.

La *historia de la censura* de los libros y el control de la información que ellos transmiten existen desde que los libros nacieron como libros, cuando dejaron atrás a los manuscritos, tras la aparición de la imprenta. Pero aún antes, desde que el hombre comenzó a registrar sus conocimientos en tabletas de arcilla u otros materiales perecederos, hubo quienes las destruyeron, en el afán de imponer unas ideas sobre otras y vedar el acceso a ciertos conocimientos.

Las causas de la destrucción de libros son variadas: inundaciones, saqueos, incendios, plagas, totalitarismos, pero también contribuyen a ella la desidia y el desinterés de los responsables de preservarlos. Como dice Humberto Eco: “Existen tres formas de ‘biblioclastía’, es decir, de destrucción de los libros: la biblioclastía fundamentalista, la biblioclastía por incuria, y aquella por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objeto, teme por su contenido y no quiere que otros los lean. Además de un criminal, es un loco, por el fanatismo que lo anima. La historia registra pocos casos excepcionales de biblioclastía, como el incendio de la biblioteca de Alejandría o las hogueras de los nazis. La biblioclastía por incuria es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan poco cuidadas, que a menudo se transforman en espacios de destrucción del libro, porque una manera de destruir los libros consiste en dejarlos morir y hacerlos desaparecer en lugares recónditos e inaccesibles. El biblioclasta por interés destruye los libros para venderlos por partes, pues vendiéndolos así obtiene mayor provecho”¹⁹.

Chartier ha expuesto la mecánica de la dominación que se ha dado en la historia a través de los libros: “El libro apunta siempre a instaurar un orden, sea el de su desciframiento, en el cual debe ser comprendido, sea el orden deseado por la autoridad que lo ha mandado ejecutar o que lo ha permitido” (Chartier, 1994: 20). Existe sin embargo una dialéctica entre la coerción y la apropiación, entre la imposición y la trasgresión.

En el ámbito específico de la Bibliotecología, la censura se puede ejercer de diferentes formas, por ejemplo: a través de la selección y el desarrollo de la colección con determinada orientación ideológica, en el momento de la clasificación y la indización al analizar un texto y otorgarle palabras clave para su recuperación. También cuando atendemos la consulta del usuario y realizamos la referencia, entre otros modos que se

¹⁹ El artículo mencionado se titula “Desear, poseer y enloquecer” y puede consultarse en distintos sitios de Internet aunque hasta el momento no se tiene conocimiento de que haya sido editado en alguna de sus obras impresas.

analizan en el ámbito de esta cátedra. Por esto, se considera necesario repensar la idea de que las tareas bibliotecológicas son meramente técnicas y el libro, un objeto susceptible de ser analizado, únicamente, de manera técnica.

El derecho a la información y la expresión es parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), que en su artículo 19 expresa: “Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y expresión; este derecho incluye el no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión²⁰. Se considera, por tanto, que los bibliotecarios no debemos quedar excluidos de este deber ineludible: preservar, difundir y hacer accesibles los documentos (cualquiera sea su formato), con una conciencia crítica de nuestro papel y un conocimiento de nuestro deber como garantía de este derecho humano, fundamental para el acceso a la educación y la información.

En nuestro país, desde hace algunos años, han surgido investigaciones y movimientos de bibliotecarios interesados por la relación entre la profesión bibliotecológica, su praxis y los derechos humanos, especialmente a partir de la conmemoración de los 30 años del golpe cívico-militar que gobernó entre los años 1976 y 1983. También a nivel mundial existen asociaciones de profesionales caracterizados con diferentes términos: bibliotecarios progresistas, bibliotecarios con papel social, bibliotecarios críticos, entre otros. Más allá de la denominación, todos coinciden en un punto: la necesidad de reflexionar y asumir un ejercicio profesional comprometido con las causas de los derechos humanos, sobre todo en lo que atañe a la libertad de acceso a la información y la expresión de ideas.

Las investigaciones sobre censura y destrucción de libros provienen de distintas disciplinas. En la década de 1980, luego del regreso de la democracia, los escritores y los críticos literarios fueron quienes reflexionaron sobre estos aspectos, centrados principalmente en las producciones literarias durante el período dictatorial (dentro y fuera del país) y en la dicotomía planteada por “los que se fueron” y “los que se quedaron”, en relación con el exilio. Autores como Andrés Avellaneda y Saúl Sosnowski, fueron los pioneros en este sentido. En el ámbito de las bibliotecas y los archivos, las investigaciones son más recientes: Hernán Invernizzi y Judith Gociol

²⁰ En: <http://www.un.org/es/documents/udhr/index.shtml>

dieron los primeros pasos a partir del hallazgo de un archivo referido a la represión cultural en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires. En el año 2004 se llevó a cabo el 1º Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas, ámbito a partir del cual comenzaron a debatirse las implicancias de los bibliotecarios como gestores y promotores de la libertad de expresión y acceso a la información en el período histórico de la dictadura, entre otros temas relacionados con la bibliotecología y los derechos humanos.

Reflexiones finales

Según nuestro entender, el enfoque planteado para el espacio curricular *Historia del Libro y de las Bibliotecas* brinda aportes sustantivos a la formación humanística y a la afirmación de un perfil cultural del bibliotecólogo. La perspectiva interdisciplinaria propuesta permite superar una concepción restrictiva, meramente instrumental, de la tarea bibliotecaria. Asimismo, propugna el desarrollo de una actitud investigativa, sin caer por ello en una erudición de carácter enciclopedista. Al respecto, la cátedra privilegia la investigación histórica en torno a situaciones nacionales, regionales o locales, consideradas fundamentales para la inserción profesional de los futuros egresados.

Por una parte, pensamos que la revalorización de las figuras de los lectores y de las prácticas de lectura que los diversos sujetos ejercen -individual o colectivamente- son temas primordiales para la disciplina bibliotecológica. Los bibliotecarios, en tanto profesionales que intervienen en la promoción de la lectura, actúan fundamentalmente como mediadores sociales entre los lectores y los textos (ya sean manuscritos, impresos o digitales). Pero estos agentes pueden operar también como eventuales censores y destructores de libros y otros materiales bibliográficos. Creemos que esta situación, asociada al pasado reciente en Argentina, pero con una trayectoria histórica mucho más amplia, debe ser puesta en discusión en la formación de grado de la carrera.

Por otra parte, consideramos que la reconstrucción histórica de las diferentes “escenas de lectura” y la reflexión sobre los modos de leer y sus implicancias culturales en los distintos ámbitos, pueden no sólo afianzar la relación entre los bibliotecarios y los lectores actuales, sino también desarrollar sus capacidades de adaptación a los distintos soportes de la información y a los nuevos códigos de lectura hipertextuales.

De esta manera, conceptos y nociones de la historia de la lectura y de su contraparte la censura quedan integradas como objetos de estudio de la Historia del Libro y de las Bibliotecas y consideradas dentro del estatuto epistemológico de la Bibliotecología.

Bibliografía consultada

- Alfaro López, Héctor G. 2007. La otra lectura. Una contribución al problema de la lectura en Bibliotecología. En *Investigación Bibliotecológica*, N° 43, 15-45.
- Báez, Fernando. 2005. *Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bossie, Florencia. 2009. Libros, bibliotecas y bibliotecarios. Una cuestión de memoria. En *Información, Cultura y Sociedad*, N° 20, 13-40.
- Burke, Peter (ed.). 2001. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (coords.). 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus.
- Chartier, Roger. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.
- Chartier, Roger. 1994. *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, Roger. 1999. *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, Roger. 2006. *Inscribir y borrar. Cultura escrita y Literatura (siglos XI – XVIII)*. Buenos Aires: Katz.
- Gimeno Perelló, Javier (2007) *De volcanes llena: biblioteca y compromiso social*. Gijón: Trea.
- Haddad, Gerard (1993). *Los biblioclastas: el mesías y el auto de fe*. Buenos Aires: Ariel.
- Invernizzi, Hernán y Gociol, Judith (2003). *Un golpe a los libros: represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- McKenzie, Don F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.
- Parada, Alejandro (2006). “La historia de la lectura como laberinto y desmesura”. *Páginas de guarda*, N° 1, 89-100.

- Purvis, Gabriela (2009) “Lectores, formas de los textos y apropiación. Una aproximación desde el hoy”. Inédito (material de la Cátedra de Historia del Libro y de las Bibliotecas, UNLP).
- Rodríguez Gallardo, Adolfo (2001). *La formación humanística del bibliotecólogo: hacia su recuperación*. México: Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM.
- Samek, Toni (2008) *Biblioteconomía y derechos humanos: una guía para el siglo XXI*. Gijón, Trea.
- Solari, Tomás y Gómez, Jorge (comps.) (2008). *Biblioclastía: los robos, la represión y sus resistencias en bibliotecas, archivos y museos de Latinoamérica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Viñao Frago, Antonio (1996) “Por una historia de la cultura escrita: observaciones y reflexiones” *Signo. Revista de la cultura escrita*, N°3, 41-68.